



NUM. 52.

PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 27 DE DICIEMBRE DE 1863.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs.; un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

AÑO VII.

REVISTA DE LA SEMANA.



Segun el censo de poblacion que se ha publicado últimamente, tenemos en España 9.000,000 de mujeres para solo 7.000,000 de hombres. De manera que en una votacion por medio del sufragio universal, la sociedad masculina se veria en peligro y la España se convertiria en una isla de San Balandran. Las mujeres vendrian á las Córtes, arreglarian los negocios de Estado y se ocuparían de los destinos públicos.

Nosotros particularmente no nos alarmaríamos gran cosa; porque tenemos tal fe en los talentos y aptitud de esa mitad del género humano, que creemos que si no gobernaba mejor que la otra mitad, de seguro no habia de hacerlo peor. Sin embargo hay hombres que se han alarmado al ver crecer el número de nuestras medias naranjas tan prodigiosamente y tratan de proponer á los legisladores alguna medida que tienda á evitar el mal que segun ellos amenaza. Nosotros en todo caso propondríamos que á un par de millones de hombres que buscan medias naranjas se les permitiese aspirar á naranja entera.

¿Pero han parado ustedes mientes en las consecuencias que se deducen de ese gran aumento de la poblacion femenil de España comparada con la viril? Pues á nuestro entender esa gran desproporcion, cuando no es efecto de las guerras y de las pestes, tiene una causa mas honda, mas terrible y mucho peor que las pestes y las guerras, y es la enervacion de la juventud por efecto de la relajacion de las costumbres. Si los datos que ha suministrado la estadística son exactos, en lo cual podrá haber sus mas y sus menos, hay que pensar seriamente en este síntoma de un mal moral que puede traer consigo otros de gran trascendencia. La decadencia de la Turquía se debe al excesivo número

de mujeres comparado con el de varones y al permiso que por lo mismo tiene cada musulman de casarse con tantas cuantas pueda mantener. En Turquía la poblacion decrece de tal suerte, que actualmente de todo se encuentra en aquel pais menos turcos. Se encuentran griegos, cristianos, judíos, que han ido á establecerse allí desde otras partes; de turcos apenas habrá 2.000,000. Tales son los efectos de la poligamia. Ahora preguntamos nosotros: ¿es verdad que la poligamia no está establecida en Europa? Tenemos sobre esto algunas dudas, no porque las leyes la consientan, las cuales castigan á todo el que se casa con mas de una mujer, sino porque guardando la forma de las leyes se han introducido entre nosotros muchas costumbres orientales.

Y á propósito de lo que acabamos de decir de los dos millones de turcos que componen la Turquía, se nos ocurre un buen medio de resolver la cuestion de Oriente: traigamos aquí esos 2.000,000, hagámosles bautizar en un dia á todos como hizo el santo rey Recaredo con los judios de su reino, y casémosles con ese par de millones de mujeres que á nosotros nos sobran. Asi como así, entre los turcos y los españoles hay cierta concomitancia porque ¿qué español rancio y fino no ha tomado alguna vez en su vida una buena turca?

No en vano decíamos en la revista pasada que en esto de volar por los aires, aunque no lo juzgáramos imposible, seguíamos la conducta del apóstol Santo Tomás, hombre tan cándido, que se contentaba con ver las cosas para creerlas. Habia dicho un periódico que un físico y un industrial de Avilés, los señores Suarez Blanco y Castrillo habian inventado el medio de dar direccion á los globos, y estaban esperando dos de Inglaterra para aplicarles su aparato. Pues bien, ahora salimos con que todo aquello fue una broma que quisieron dar al periódico susodicho y á los interesados algunos corresponsales de Avilés. La gracia que tenga esta falsa noticia, en Avilés la sabrán los que la hayan dado. El periódico que la publicó tocó perfectamente el violon; y si nosotros merecemos alguna recompensa por haber tocado el violon, aquí estamos para recibirla. Con un par de jamones dulces nos daremos por satisfechos.

Diversas veces hemos hablado de la importancia de las observaciones barométricas y termométricas hechas á la vez en la mayor parte de los pueblos donde sea posible hacerlas y comunicadas á un centro comun. Reuniendo estas observaciones, es indudable que se harán grandísimos progresos en la ciencia de la meteo-

rología, llegándose á descubrir las leyes mas ó menos constantes que rigen los fenómenos atmosféricos y por consiguiente á predecir los cambios que sobrevengan. El telegrafo ha suministrado los medios de dar á conocer instantáneamente el estado de la atmósfera en todos los puntos consultados; y como ya hay un gran caudal de observaciones, en Francia ha podido pronosticarse con bastante antelacion la tempestad que ocurrió el dia 2. Diéronse avisos anticipados á las juntas de comercio de los diferentes puertos y se pudieron adoptar todas las precauciones convenientes para evitar desgracias. Desearíamos que si en España no hay alguna comision encargada de recoger los datos de que hablamos compararlos y estudiarlos, se nombrase por el señor ministro de Fomento para que pudiéramos aprovecharnos de los progresos científicos del mismo modo que las demás naciones.

Ha vuelto á ponerse en escena en el Teatro Real la ópera *Martha*, todavía con mejor éxito que en la primera representacion. La Patti fue como siempre muy aplaudida, especialmente en el segundo acto, y al terminar la funcion fue llamada con Mario á la escena. Mr. Bagier, el empresario de este teatro, ha mandado reponer los precios de las localidades en el estado que antes tenian, conjurando así la tempestad que se iba levantando y que amenazaba ser *deshecha*. Parece que hay negociaciones mas ó menos diplomáticas para que la Patti quede todavía algun tiempo mas entre nosotros, y hay esperanzas de que mediante el concordato que trata de hacerse con un empresario de Florencia, que parece tiene derecho al usufructo de la garganta de este ruiñón, ceda de sus pretensiones y abdique recibiendo la competente indemnizacion. Es decir, que en este caso se sigue la misma política que el periódico *La Época* aconsejaba cuando la guerra de Italia en favor del tierno Roberto y de otros príncipes desgraciados. Véase como nunca es perdida la semilla de una idea que se arroja al viento de la publicidad.

Para esta semana estaba preparado en el teatro de Jovellanos el estreno de la nueva zarzuela original en tres actos y en verso titulada *La Conquista de Madrid*. Lucirán en ella tres decoraciones nuevas, una en cada acto, pintadas las del primero y tercero por don Luis Muriel y la del segundo por don Francisco Plá. En esta zarzuela hay comparsas de castellanos, indios, árabes, moros, esclavos, etc. Es digna de verse y de oirse. La Isturiz y la Checa, Obregon, Dalmau, Cubero y Caltañazor, tienen papeles de importancia.

Para la noche de Navidad se ha dispuesto en el teatro del Príncipe la comedia en tres actos del señor García Gutiérrez titulada *Un eclipse parcial*. Tenemos las mejores noticias de esta producción que esperamos ver, confirmadas cuando asistamos á las representaciones sucesivas.

El Circo tiene multitud de obras á escoger, unas preparadas ya, otras como si dijéramos en el telar. La *Almoneda del Diablo*, comedia de magia de nuestro amigo el señor Liern, nuevamente arreglada para el Circo y con un prólogo *comme il faut* se pondrá en escena con gran lujo y aparato. Tiene también esta empresa un drama en cinco actos aprobado ya por la censura y algunas comedias en un acto.

Como en el año próximo llega pronto la cuaresma y es corto el carnaval, han comenzado ya hace días los bailes de máscara entre la juventud artística de modistas, dependientes de comercio, costureras, etc., etc., en los salones de Capellanes y de Faul. Pero el 26 se inauguran los bailes de teatro de la Zarzuela con pretensiones más aristocráticas, con mayor local y proporciones mejores. El billete cuesta un napoleón: ya ven ustedes que no puede ser menos. Hoy un napoleón lo obtiene todo; pero en cambio también se da un napoleón por cualquiera cosa. Dicha y desdicha del nombre que dijo Calderón de la Barca. Los aficionados preguntan si no habrá también este año bailes de máscara en el Teatro Real; nosotros no estamos competentemente autorizados para contestar á esta pregunta; pero por lo que hemos oído á personas de altas y académicas posiciones, podemos asegurar que es lo más probable que la empresa que los tuvo en el carnaval anterior vuelva á darlos en el próximo. También se habla de algunos bailes de trajes en casas particulares de nuestra aristocracia, á cuyo fin se celebran reuniones preparatorias.

El vapor *Lepanto* en que iban los anamitas á Alejandría, ha sufrido una violenta tempestad. Los pobres cochinchinos, de los cuales hablamos hoy en otro lugar, pasaron un buen susto. El buque tuvo que arribar á Nápoles para reponerse de sus averías. Buena proporción para que los embajadores de Tu-Duc vean el Vesubio y las ruinas de Pompeya.

Por esta revista y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA

LOS ARBOLES Y LAS FLORES SAGRADAS.

Otro de los árboles que ha sido venerado en la antigüedad, es el fresno; los celtas y los teutones le respetaban como á la encina, mas sin embargo, parece que las razas escandinavas eran las que le tenían mayor veneración. Es de creer que no fuera sólo su belleza la que indujo á los escandinavos á considerarle como sagrado. El fresno se extiende más hacia el Norte que la encina; además es el árbol principal que suministra madera más allá del Báltico, y esta madera se usó en varios objetos para los cuales los pinos y los abetos del Norte no tenían valor alguno. Las largas flechas y los mangos de las hachas de los héroes de las sagas, estaban hechos de madera de fresno; á veces también sus barcos eran de la misma madera, y Adam de Bremen llama hombres de fresno á los *vikings* ó reyes del mar de Noruega y Dinamarca acaso por esta misma razón ó bien porque según la Edda moderna, los tres hijos del gigante, el mayor de los cuales era Odín, hicieron al primer hombre de un pedazo de madera de fresno que hallaron en la orilla del mar.

El fresno como el sicomoro, crece en terrenos más elevados que otros árboles; sus ramas son delgadas y curvas y su tronco cubierto de musgo es nudoso y torcido, como si al elevarse hubiera encontrado un obstáculo violento y hubiese empleado toda su fuerza para salir vencedor en la lucha; estas razones pueden haber inducido á adoptar el fresno como el árbol sagrado del Norte.

El fresno es menos celebrado que otros árboles, pero no es menos misterioso en cuanto á su relación directa con los seres sobrenaturales. Las cruces hechas de su madera ó las astillas de la misma colgadas en los postes de las casas, impedían que entraran en la casa y en los establos, todos los seres sobrenaturales que eran perniciosos. Este árbol era llamado antiguamente en el Norte «el favorecedor de Thor,» porque, según la tradición se había encorvado para que Thor pudiera asirle cuando en su viaje al país de los gigantes de hielo tuvo que atravesar un río que una hechicera había hecho que saliera de su cauce; por esta razón los hombres del Norte le tenían en gran veneración. En Modrufell, en la costa septentrional de Islandia, había y tal vez exista aun un grueso fresno, el que suponían que en la noche de Navidad aparecía completamente rodeado de antorchas que ningún viento podía apagar, y una de las islas Orcadas poseía un árbol más misterioso aun, y con el cual se hallaba ligada la suerte de las islas, puesto que si una hoja del árbol, era arrastrada fuera de ellas, las islas pasarían al dominio de algún señor es-

tranjero. La veneración al fresno no estaba limitada sin embargo al Norte de la Scandinavia; varios cementerios del país de Gales tenían su fresno y las cruces hechas de su madera se distribuían solemnemente en ciertas festividades como un preservativo contra los malos espíritus. La hermosura de este árbol cubierto en la primavera con una multitud de flores blancas que le hace un objeto tan notable en el bosque, puede haber contribuido en cierto modo á que se le atribuyeran propiedades maravillosas. El obispo Heber, dice refiriendo las supersticiones que hay acerca de uno que había visto en Boitpoor, «este árbol duerme toda la noche y está despierto todo el día; sus hojas se apartan cuando alguno trata de tocarlas y sobre todo se usa como preservativo contra la magia. Un pedazo de su madera llevado en el turbante ó colgado á la cabecera de la cama, libra de toda clase de sortilegios y de mal de ojo de tal manera, que ningún hechicero se atrevería á acercarse á su sombra. Uno, sin embargo, que era famoso por su poder, pues mataba las plantas y secaba su savia con una mirada, vino á ver este árbol y á mirarle con este intento, pero por más que le miró, me decía con aire de triunfo el anciano que me contaba esta historia, no pudo perjudicarlo.»

El obispo Heber hace notar con razón la singularidad de que la superstición atribuye en otros países las mismas propiedades á los árboles de la misma especie. «¿Qué nación, dice, es en este caso la que imita á otra? ó ¿de qué centro común han derivado todas estas nociones generales?»

Sir E. Bulwer en su «Historia extraña» ha sugerido la idea de que la madera de ciertos árboles á los que se atribuyen propiedades mágicas, puede efectivamente poseer virtudes poco comprendidas aun y que merecerían una investigación escrupulosa. Entre estos árboles está el fresno, y á la misma clase pertenece también un arbusto que se halla con frecuencia en algunos puntos de España, el avellano común, del que se servían los mineros para hacer su varita adivinatoria. Esta varita, según la superstición antigua, servía también para descubrir á los criminales, y Vallemont refiere que un aldeano persiguió á un criminal por más de 45 leguas de tierra y más de 30 de mar, guiado solo por esta varita.

Si de los árboles pasamos á las flores, hallaremos que todas ellas desde los primeros siglos de cristianismo fueron dedicadas á la Virgen María; de aquí proviene el colocar guirnalda y ramilletes tan variados á los pies de las imágenes de la Virgen, principalmente en el mes de mayo, como también las diversas guirnalda de toda clase, con que los pintores flamencos rodeaban siempre las figuras de la Virgen y del Niño Jesús; pero aunque todas las flores estuviesen consagradas á la Madre de Dios había algunas que lo estaban más particularmente y sobre todas, la azucena y la rosa la habían sido dedicadas en el Oriente; el origen de esto es porque cuando los apóstoles al tercer día del entierro de la Virgen fueron á visitar su sepulcro, le encontraron abierto y lleno de rosas y de azucenas. Estas flores llegaron á ser sus emblemas en lo sucesivo en conformidad con el texto: «Yo soy la rosa de Sharon y la azucena del valle.» La flor que en general aparece en relación con la Virgen es la azucena, el *lilium candidum* de nuestros jardines, el más puro y el más bello de todas las especies. Es muy extraño, sin embargo, que no se sepa con certeza el país de donde procede la azucena, aunque se ha disputado mucho sobre este punto. En ninguna parte de la Palestina se ha encontrado que creciera silvestre, por lo cual se ha dicho que era una importación del Nuevo-Mundo; pero el doctor Lindley ha hecho notar con razón que no podía ser así, puesto que la verdadera azucena aparece en varios cuadros de pintores italianos y flamencos de una fecha muy anterior á los primeros viajes de Colón. En Siria y en Egipto se cultiva en el día como una planta exótica, pero parece probable que fuera conocido en ambos países en una época muy remota, y que la pureza y la hermosura de sus flores hiciera que se la mirase con especial veneración aun mucho tiempo antes de la era cristiana. Se dice que los judíos la atribuyen la facultad de destruir todos los encantos y las hechicerías; por cuya razón se cuenta que Judith iba coronada de azucenas cuando fué á la tienda de Holofernes. Esta flor fue tal vez traída á Europa durante el período romano, porque sólo á la azucena puede referirse la descripción que hace Beda del emblema de la resurrección de la Virgen; los pétalos blancos y puros significan su cuerpo inmaculado y las doradas anteras son una representación de su alma resplandeciente con la luz divina. En los cuadros de la Anunciación la rama de azucenas no está puesta en la mano del Arcángel Gabriel, hasta el último período del arte italiano; los primeros pintores le representaban con un cetro ó menos frecuentemente con una rama de olivo; pero en todos los casos una vasija con azucenas, está al lado de la Virgen con sus tres flores místicas que rematan tres tallos verdes.

La rosa es un emblema de la Virgen como la azucena; al lado de esta última está citada siempre la rosa de Sharon que hemos dicho antes; mas, sin embargo, falta saber si las rosas citadas en la Sagrada Escritura son precisamente la misma flor á que damos este

nombre. La rosa de Sharon puede muy bien ser el narciso grande y amarillo, flor común en la Palestina, y que ha sido siempre muy estimada en el Oriente. «Al que tiene dos tortas» se cuenta que dijo Mahoma: «dejadle que venda una por algunas flores de narciso, porque si la torta es el alimento del cuerpo, el narciso es el alimento del alma.»

La rosa ha sido siempre un emblema de la Iglesia y en los días del paganismo era una flor mística en Germania y en Scandinavia. La ábside de la venerable catedral de Hildesheim está casi cubierta por una rosa silvestre cuyas raíces están dentro de la cripta. Según la tradición, esta rosa crecía allí antes de que Carlomagno pusiera los cimientos de dicha iglesia, lo cual la da una antigüedad de más de mil años. La rosa estaba bajo la protección especial de los enanos y de las elfas «gobernadas por el poderoso rey, el señor del jardín de rosas» citado en el libro heroico. Sin embargo, la rosa nacida de la sangre de Adonis, era la flor de Venus antes de que el rey de los enanos la hubiese plantado en su misterioso jardín. El lord Lindsay cita como prueba de la inmensa superioridad del simbolismo cristiano sobre el del mundo antiguo, una leyenda que parece ser de los primeros tiempos del cristianismo. Según esta leyenda, á una doncella santa de Bethlehem que había sido calumniada, se la condenó á ser quemada; cuando la iban á echar á la hoguera pidió al Señor que la ayudara porque no era culpable del pecado que la acusaban. El fuego entonces se extinguió súbitamente, los tizones encendidos se cambiaron en rosales encarnados, y la leña que aun estaba apagada, quedó convertida en rosales blancos llenos de rosas. Estos fueron según la leyenda, los primeros rosales y las primeras rosas que vieron los hombres. La rosa llegó á ser después la flor de los mártires. Santa Dorotea, mártir, envió á Teófilo un canastillo de rosas del jardín del Paraíso, y según los romances antiguos, brotaron rosas del campo de Roncesvalles, donde Rolando y los doce pares salpicaron el suelo con su sangre.

Aunque no es imposible seguir la historia de casi todas las plantas que contenían los herbarios antiguos y tienen el nombre de algún santo ó algún epíteto religioso, hasta llegar al paganismo, hay algunas sin embargo, que no las conocemos más que por su último nombre y por su representación moderna, y que debemos aceptarlas como las representantes más directas de los jardines y herbarios monásticos. Para conocer cuán llenos estaban estos y cuántas plantas eran ya antiguamente famosas en la ciencia de curar, basta echar una mirada en los curiosos planos del gran monasterio de San Gall, levantados, según se dice, por Eginhardt hacia fines del siglo VIII. En estos planos se halla marcado cada cuadro y puesto en él cuidadosamente el nombre de la yerba que debe llenarle. No hay duda alguna de que por sus grandes virtudes se las dieron los nombres de yerba de heridas, sánalo todo, etc., los cuales posteriormente se cambiaron por los que ahora llevan como angélica, etc., etc. La *herba benedicta*, la yerba santa (*geum urbanum*) era un remedio para casi todas las enfermedades de la tierra. Su hoja graciosa y triangular y los cinco pétalos dorados de sus flores que simbolizan la Santísima Trinidad y las cinco llagas de Nuestro Señor, debieron atraer desde el principio la atención del monje artista, y hacia fines del siglo XIII se empleaba con frecuencia en los adornos de arquitectura. La verbena, llamada yerba santa, debió de estar entre las primeras, puesto que, según Plinio, era una de las plantas sagradas de los druidas, los cuales la cogían con toda clase de ceremonias religiosas.

El trebol, ó yerba de la Trinidad era la yerba que, según la tradición, empleaba San Patricio para representar este misterio sagrado de que tiene el nombre. La hoja del trebol era funesta para los hechiceros. La verónica era también muy eficaz contra los malos espíritus y se suponía que sus brillantes flores azules daban por su forma y sus marcas una imagen del lienzo de la Verónica en que quedaron impresas las facciones del Salvador.

Otras varias flores recibieron nombres de santos por razones menos fáciles de explicar ó porque florecen en la época de la festividad de algún santo ó porque fueron halladas cerca del punto que contenía su ataúd.

A los benedictinos y á los monges del Cister que han sido los primeros agricultores y los primeros jardineros de Europa, es á los que debemos muchas de las flores más apreciadas antiguamente, que conservan aun en el día su rango, en despecho de las que se han hecho de moda posteriormente. El clavel amarillo, que perfuma la atmósfera cargada de rocío en los arcos arruinados de los conventos; la anémona escarlata que florece hacia la Pascua y que es llamada en Palestina «gota de la sangre de Cristo» y el almendro en flor, que es uno de los símbolos de la Virgen, fueron traídas hace mucho tiempo de Siria por algún monje peregrino, y desde el jardín de su convento se extendieron por toda Europa. En los claustros también meditaban los monges acerca de las maravillas de las plantas, y hallaban en ellas emblemas misteriosos; algunas tienen la forma exacta de una cruz, como se ve en el centro de la adormidera encarnada, y en el jardín del convento cisterciense de Santa Potenciana, en Roma, había una higuera cuyos higos cuando se cortaban al través, mos-

traban una cruz verde marcada en la pulpa blanca que tenia en sus ángulos cinco granos que representaban las cinco llagas. Esta misteriosa higuera fue descrita por Bosio en su obra impresa en Roma en 1610, que la compara «al crucifijo de la cepa» que según se decía, existía en Valladolid y que era una representación de Nuestro Señor sobre la cruz, formada naturalmente, aunque de un modo admirable, por el sarmiento de una cepa. El banano no se corta jamás con cuchillo en las Canarias, porque presenta también una cruz. Cuando Bosio estaba escribiendo su obra titulada «Triunfos de la cruz» llegó á sus oídos la descripción de la pasionaria, la cual le pareció tan maravillosa, que la juzgó desde luego monstruosa y extraordinaria para darle crédito.

Diseños y descripciones de la pasionaria se publicaron por primera vez en España y en Italia en 1609. La principal autoridad para Bosio era el padre Manuel de Villegas, monge agustino, natural de Méjico, que se hallaba á la sazón en Roma. La relación maravillosa del padre Manuel acerca de esta flor, había sido confirmada por varias personas dignas de crédito que habían estado en la Nueva España, y entre otras por un jesuita mejicano. Bosio da una descripción exacta y detallada de esta flor y enumera hasta las pequeñas diferencias que hay entre las de la misma clase en varios puntos de América.

Antes de concluir diremos dos palabras acerca de los llamados Calendarios florales. Una clasificación completa de las plantas y flores que tienen su nombre de algún santo ó de alguna festividad de la Iglesia, sería de interés y de importancia, pues serviría no solo para conservar ciertas tradiciones, sino que además traería consigo alguna de aquellas asociaciones que en tiempos anteriores miraban con interés hasta las flores más comunes del campo y de los vallados. Una cosa parecida á esto se ha propuesto en el folleto titulado «Flores Ecclesiarum» que pone á cada flor bajo la advocación de un santo del calendario romano. Muchas de ellas están bien apropiadas, pero hay otras que han sido elegidas de un modo arbitrario; y en una materia como esta, lo mejor que puede hacerse es seguir la tradición, cosa que no ha hecho siempre el autor del folleto ya citado.

A.

COSTUMBRES AFRICANAS.

EL PUEBLO FAN.

II.

Convencido el intrépido viajero cuyas empresas relatamos, de que probablemente era aquella la primera y la última vez que visitaría la comarca habitada por los fans, decidió permanecer algunos días entre ellos con el objeto de estudiar á fondo sus costumbres.

En efecto, de tal modo supo aprovechar el tiempo, que las observaciones que hizo y las noticias que adquirió suministran asunto para un tomo. Nosotros ateniéndonos á la índole de un artículo, vamos á resumir todo lo más importante en algunas columnas de EL MUSEO UNIVERSAL.

El pueblo Fan se jacta de ser esencialmente guerrero é invencible; y en efecto, resulta que insistiendo en una idea preconcebida cada día invade un poco el territorio de sus vecinos, en términos de que antes de pocos años, empujando delante de sí á las demás tribus, ó ahuyentándolas, llegará á ocupar las orillas del Gabony el litoral, haciéndose dueño del comercio con los europeos.

Chaillu quiso ver al rey en son de guerra; y Ndiayai, lisonjeado se prestó á ello: el día después del baile fué á visitarle, seguido de su cuarto militar como ahora se dice, todos ellos equipados como para entrar en campaña.

Acompañábale la reina y seguían á ésta los principales empleados de la corte.

Ndiayai llevaba por arma defensiva una especie de rodela ó escudo de durísima piel de elefante y por armas ofensivas tres especies de rejonas y un morral ó saquito de flechas en venenadas.

Llevaba el cuerpo completamente pintado de rojo, y en la cabeza un adorno circular de largas plumas de coloradas de *tucarall* (*corythaix*); tenía los dientes pintados de negro y además se destacaban sobre el color sangriento con que se había teñido, multitud de figurillas ó *grisgris* (ídolos) que debían protegerle contra las lanzas y los dardos de sus enemigos.

La reina iba también en traje de corte: completamente desnuda, pero adornada la cabeza con una especie de gorro de dormir cuajado de perlas blancas, que es el adorno más codiciado por los negros.

Rodeaban á Ndiayai cuarenta ó cincuenta guerreros, de aspecto tan formidable como el suyo, que era tremendo, según verá el lector en el grabado que acompaña á este artículo, y dijo á Chaillu que podía disponer en caso de una guerra ó *palaber*, de doscientos soldados más; con los cuales se consideraba invencible y el más poderoso monarca de la tierra.

Los guerreros más distinguidos por sus hazañas son

conocidos con un sobrenombre apropiado á sus grandes hechos: por ejemplo á uno de los oficiales del rey, grandísimo cazador, al par que terrible en la guerra, le llamaban el *Leopardo*.

Los fans son realmente buenos arqueros, cosa que requiere mucho vigor corporal. Para disparar las flechas se sientan en el suelo, apoyan ambos pies en la madera del arco y tiran hácia sí de la cuerda con todas sus fuerzas. Las flechas grandes (pues las usan de dos clases), están armadas con un hierro, á manera de arpon: estas flechas son las que usan en las cacerías, y son como de dos tercias de largo.

Las más temibles son otras muy pequeñas y ligeras, tanto, que para que no se disparen al colocarlas en el arco, las untan con cierta clase de goma para que se adapten á la hendidura que les da dirección.

Estas flechas son unas varitas, muy delgadas, de bambú, alifadas por uno de los extremos, que es el que está impregnado de veneno. Este veneno rápido en sus efectos y mortal, lo extraen de una planta que ellos solos conocen. Para que la flecha sea muy eficaz mojan la punta afilada en aquel jugo tres ó cuatro ó más veces. Esta flecha es tanto más temible, cuanto que basta que hagan la más leve herida para producir la muerte.

El veneno es tan corrosivo que la madera mojada en él se pone rojiza, y tan activo, que el que recibe un flechazo, deja de existir á los dos minutos.

Los fans han buscado inútilmente un remedio contra aquel veneno.

Aunque más belicosos que las demás tribus, en los casos de guerra confían más en la astucia que en su arrojo; así es que cuando temen ser atacados, clavan en la tierra, con la punta para afuera, un gran número de aquellas flechas, eligiendo el sitio por donde sospechan que debe pasar el enemigo. Como los negros no usan calzado, el que pone el pie sobre una de aquellas traidoras puas, es hombre muerto irremisiblemente.

Los fans trabajan perfectamente el hierro y muchos de ellos llevan pendiente de la espalda una terrible hacha de guerra, de la que basta un golpe para cortar en redondo la cabeza de un hombre.

Tanto en estas hachas como en las hojas de las lanzas y en otras armas, se observan graciosas cinceladuras que honran á los armeros de aquel bárbaro país.

Los fans llevan también, pendiente del cinto un cuchillo que manejan con destreza y que es arma muy temible en los combates cuerpo á cuerpo: estos cuchillos tienen tres pies de longitud á fin de poder atravesar con ellos á un hombre de parte á parte.

Usan además los fans otra clase de cuchillos, de un pie de largo, al cual llaman *tomahaw* y es idéntico al que los indios designan con el mismo nombre.

Tienen también una segunda clase de hachas puntiagudas, muy singulares, las cuales usan como arma arrojadiza, despidiéndola á cierta distancia, como los indios arrojan el *tomahaw* y con igual acierto. La arrojan siempre á la cabeza de su enemigo y penetrando la temible punta en el cerebro, produce una muerte instantánea.

Entonces, con el filo del hacha cortan la cabeza del cadáver y se la llevan como un trofeo.

Las lanzas de los fans tienen de seis á siete pies de longitud y las manejan con tal destreza, y su golpe de vista es tan seguro, que sorprendió á Chaillu.

Los fans las hacen girar alrededor de su cabeza y las despiden: la lanza silba en el aire como una serpiente, y esta serpiente venenosa tiene mortal la picadura, pues atraviesa el cuerpo del enemigo contra quien va dirigida, aunque éste se halle á una distancia de treinta metros.

Basta este golpe para demostrar cuánto es el vigor de los fans.

La mayor parte de estas hachas y cuchillos tienen la correspondiente vaina, que es casi siempre de piel de serpiente ó de piel humana.

Estas vainas las llevan colgando del cuello por medio de una cuerdecita.

Lo que dejamos espuesto indica cuán belicoso es el carácter de los fans: sino usan corazón y se contentan con el escudo de piel de elefante, es porque el arte de trabajar el hierro no está entre ellos tan adelantado que puedan permitirse ese lujo.

Chaillu, al ver aquel pueblo armado hasta los dientes, de aspecto feroz y resuelto, comprendió que era el más enérgico de cuantos había visitado hasta entonces; y en efecto, el respeto que las tribus limítrofes demuestran á aquellos caníbales, es una prueba de cuán merecida es la reputación de valientes y emprendedores de que disfrutaban.

Los fans, cediendo á sus esforzados instintos, son grandes cazadores de elefantes, de cuya carne son muy golosos y constituye la base principal de su alimentación.

Distínguense también estos caníbales de las demás tribus en que los padres no casan á sus hijas hasta que han llegado á la pubertad, y en que velan cuidadosamente por su virginidad, interin son solteras, en contra de la costumbre general de aquellas regiones. La consecuencia natural de esta regla es que los fans tienen muchos más hijos que los *shekianis*, los *balakes*, los *mbichos*, los *mbondemos* y demás tribus, todas las

cuales van decreciendo insensiblemente interin que la de los fans aumenta de un modo considerable.

Por lo demás, las ceremonias de los casamientos son tan groseras como en cualquiera otra tribu, y cada boda es motivo de muchos días de broma y diversion.

El marido, como en cualquiera otra tribu, no enamora á la mujer que apetece para esposa: la compra á su padre. Este, como muy astuto, procura que el novio esté muy enamorado para exigir por su hija el mayor precio posible.

Es un mal padre el que malbarata á su hija.

Para comprar una esposa, es preciso disponer, no de billetes de banco ni de monedas de plata y oro, sino de esclavos ó de anillas de cobre, perlas blancas ó fuentes de metal.

En cuanto se trata de celebrar una boda, conságranse todos los amigos de los futuros cónyuges á hacer grande acopio de vino de palmera, carne de elefante ahumada y otras provisiones.

Hecho esto, reúnen todos los moradores de la aldea, y sin más ceremonia, entrega el padre su hija á cambio de los artículos de comercio convenidos de antemano.

El pueblo da fe, haciendo veces de notario.

Por supuesto que tanto el novio como la novia se presentan adornados con sus mejores galas: él lleva en la cabeza un adorno de plumas de los más brillantes matices; el cuerpo untado de aceite, dándose así el aspecto de un hombre de mármol negro pulimentado; los dientes afilados en punta y pintados de negro; si ha tenido la suerte de matar algún leopardo ó otra fiera, lleva la piel arrollada á la cintura; de ésta pende el temible cuchillo.

La novia se viste con mayor sencillez, ó por mejor decir, no se viste poco ni mucho; sin embargo, háse adornado con el mayor número de brazaletes que ha podido reunir, propios y prestados.

Además tiene adornada la cabeza con plumas blancas. Verificado el cambio, empieza la fiesta, que se prolonga muchos días, dando principio con danzas horriblemente obscenas y copiosas libaciones.

Los fans, aunque su tipo es el del negro africano, tienen el color algo más claro que los demás, y se pintan el cuerpo con mayor profusión que las otras tribus. Esta costumbre de pintarse desfigura menos á los hombres que á las mujeres, las cuales cifran su orgullo en tener el pecho y el vientre cubierto de espesas líneas transversales y circulares.

Con igual profusión se pintan las mejillas, y unido esto á los grandes aros de metal con que se adornan las orejas, resulta que tienen el aspecto más desgraciado que imaginarse pueda.

Los fans, comparados con los demás pueblos del Africa ecuatorial, son muy hábiles en la fabricación del hierro.

El mineral se encuentra abundantemente en la superficie del suelo: así es, que en lugar de labrar minas, se limitan á recogerlo á flor de tierra.

Hé aquí qué medio han discurrido para extraer el hierro del mineral.

Levantando una gran pira de leña gruesa, colocan encima una espesa capa de mineral, y la cubren con otra cantidad de leña; hecho esto le prenden fuego.

Interin arde, hay un negro encargado de añadir nueva leña á la hoguera, hasta que observan que el hierro está en liquidación. Entonces dejan apagarse la hoguera, el hierro se enfría y queda *fundido*.

Después lo vuelven á encandescer con carbon y lo baten con grandes martillos, convirtiéndolo en barras ó grandes lingotes, resultando de esta operación, repetida varias veces, una calidad de hierro muy superior al que les llevan de Europa; tan cierto es esto, que los fans, para construir sus cuchillos y hachas de combate, en vez de hacer uso del hierro de Europa ó de América, prefieren el suyo.

Las hojas de esas armas están adornadas con cinceladuras y dibujos tan graciosos, que sorprenden en un pueblo tan ignorante y bárbaro.

Como forjadores de hierro, son, pues, muy superiores á todos los demás pueblos de la comarca; la perfección que falta á sus útiles y á sus procedimientos, la suplen con una paciencia indecible.

Los fans son realmente herreros ambulantes, pues establecen su fragua donde quiera pueden encender fuego.

El instinto les ha revelado la utilidad y la necesidad del fuelle; y atendida su completa ignorancia de todo lo que es civilización, han salido harto bien del paso, inventando un instrumento que llena perfectamente las veces de fuelle.

Consiste en dos cilindros de madera, cerrados por abajo y con una manga de piel en el extremo opuesto; esta manga está igualmente adaptada á una tapadera circular con mango. De cada uno de los dos cilindros sale un verdadero cañon de fuelle, de hierro.

El negro encargado del fuelle ase los dos mangos de las tapaderas, y subiéndolas y bajándolas constante y rápidamente, atrae y rechaza el aire, produciendo así la corriente necesaria para mantener vivo el fuego.

El yunque es un gran pedazo de hierro ovalado y grueso, especie de pirámide colocada al revés, cuya punta penetra en el suelo.

El herrero se sienta en el suelo y bate el hierro con una especie de martillo de figura muy singular. Es una especie de cono ó campanilla, pero maciza, y que pesa tres libras aproximadamente.

Esta clase de martillo exige para su manejo mucha mayor fuerza que el de los europeos, y no deja de sorprender que á un pueblo tan ingenioso como el que ha inventado aquel fuelle, no se le haya ocurrido la idea del martillo, siendo cosa tan sencilla.

Los fans son también ingeniosos para la fabricación de cacharros, aunque para ello no hayan tenido otro modelo que el que les dicta su dormida razón.

Verdad es que los únicos cacharros que hacen de tierra son cazuelas y pipas. Sus cazuelas son muy parecidas á las nuestras, y lo propio sucede con las pipas. Hácenlas de barro, pónenlas al sol para que se sequen, y en seguida las cuecen en una hoguera.

Puede asegurarse que la cacería de elefantes es el todo para el pueblo Fan, pues al par que se alimentan exclusivamente con su carne, adquieren una prodigiosa cantidad de colmillos que constituyen todo su comercio, trocándolos por cobre, caideras, espejos, piedras de chispa y demás efectos cuyo uso conocen.

Su sistema de agricultura es tan ignorante y rústico como en los demás pueblos del interior de aquella parte de Africa.

Cuando quieren abrir una pradera en sus espesos bosques, derriban el número de árboles que juzgan necesario, y prenden fuego á los matorrales, arbustos y plantas. Esa quema, equivalente al abono llamado *hornigueros*, fecundiza las tierras.

El único instrumento agrícola que conocen y usan es una especie de cuchillo, largo y pesado, equivalente á la reja de nuestro arado: con él remueven la tierra y abren agujeros para la siembra de granos ó de retoños.

Nuestro viajero tenía vivísimos deseos de pasar adelante y penetrar mas al interior; pero cuanto imaginó para conseguirlo fue inútil.

Los negros de Mbene que le acompañaban se negaban á pasar adelante: el convenio hecho con ellos no les obligaba á mas.

Los fans tampoco querían servirle de guía: entre los fans y la Montaña de Cristal no había mas pueblo que la tribu de los oshebas, también canibales, como que forman parte de los fans.

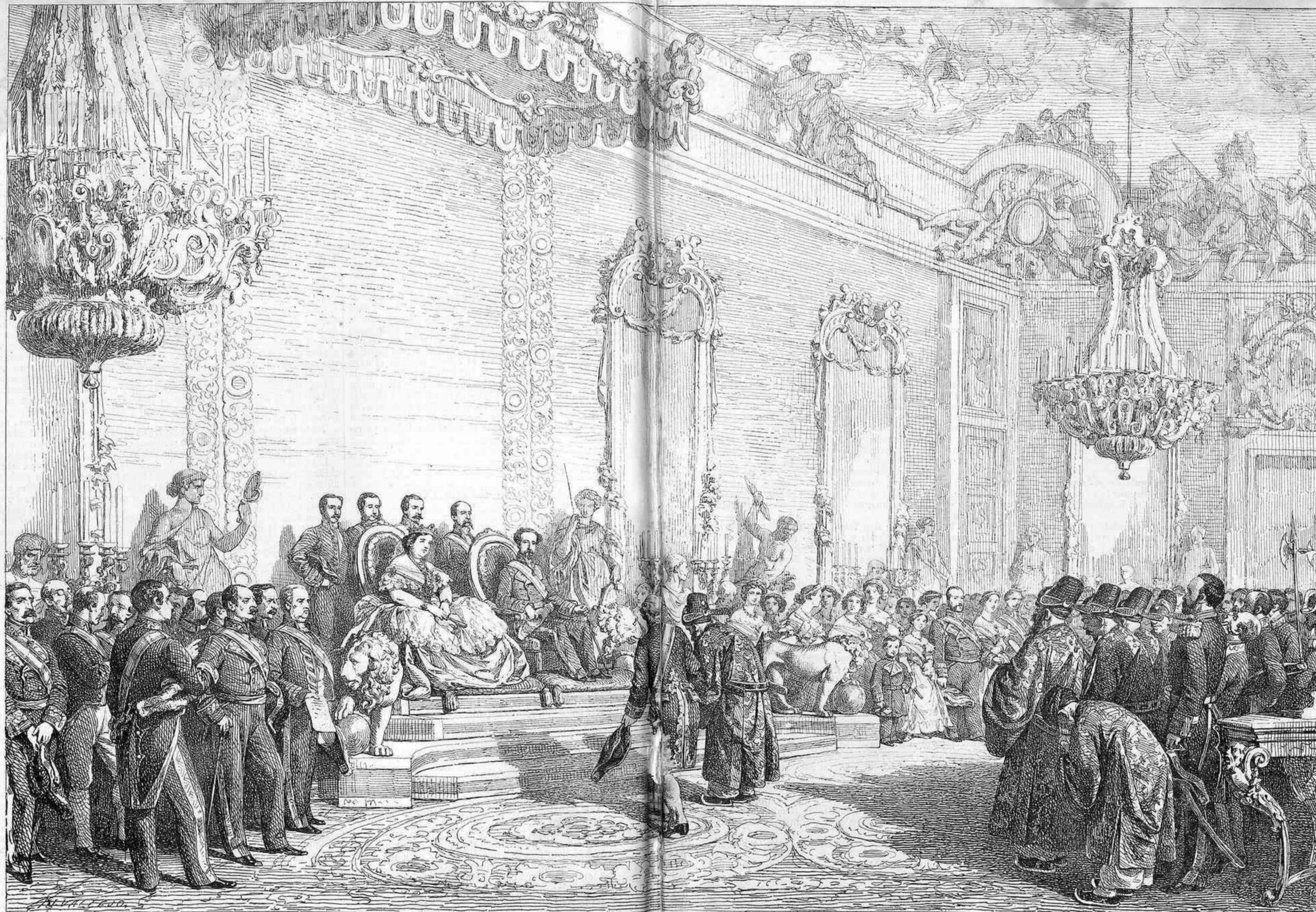
Además Chailu no tenía gran confianza en sus nuevos amigos y temía quedarse solo entre los fans, temeroso de que para celebrar cualquier acontecimiento venturoso resolvieran regalarle con sus blancas carnes.

¿Quién le aseguraba que los negros no tendrían semejante capricho?

Alguna vez había creído sorprender á varios fans contemplándole con ojos hambrientos y relamiéndose los labios, cual si saboreasen de antemano el sabor de un muslo blanco, ellos que debían estar hastiados de muslos negros.

Chailu, para tranquilizarse, se decía que los fans no devoran los cadáveres de sus reyes ni de sus jefes, sino que los entierran respetuosamente. Por desgracia no les había ocurrido á aquellos canibales nombrarle rey ni jefe y por lo tanto carecía del único requisito que podía impedir que le convirtiesen en jigote.

A consecuencia de todo esto y porque á medida que se le iban consumiendo los artículos de comercio de que iba provisto se hacían los fans algo mas rebeldes, resolvió levantar el campo y regresar á Mbene, donde



RECEPCION OFICIAL DE LOS ENBAJADORES ANAMITAS.—(GRABADO HELIOGRÁFICO DEL SEÑOR VALLEJO.)

podía ser que le matase el hambre, pero donde no se hallaba espuesto á servir de pas ó á aquella especie de demonios de carbon.

En medio de todo esto observó que los fans son terriblemente supersticiosos; que las acusaciones de brujerías, hechicería y encantamiento son frecuentísimas, y que por ellas se aplica rigurosamente la pena de muerte. Los fans hacen poco caso de la vida; verdad es que

como los cadáveres tienen cierto valor á sus ojos parece como que les interesa la destrucción del mayor número posible de sus semejantes.

Una epidemia equivale allí á un año de abundante cosecha en los pueblos civilizados.

Si los fans supieran inventar el cólera, los que sobreviviesen á la epidemia estarían de buen año como suele decirse.

La poligamia es allí otro manantial inagotable de riñas y asesinatos.

El pueblo Fan tiene grandísima veneración á los amuletos y los ídolos, y hasta los niños se ven cubiertos de talismanes consagrados según los ritos de sus doctores ó geisgrís. El talisman que según ellos tiene el don de preservarlos de los peligros de una batalla, es inestimable á sus ojos.

El principal de sus talismanes consiste en una cadena de hierro, cuyos eslabones miden pulgada y media de largo y una de ancho: úsanla en bandola; colocándosela sobre el hombro izquierdo de manera que quede pendiente sobre el flanco derecho.

Después de este amuleto viene otro, consistente en una bolsita de piel, pendiente del cuello ó de la cintura de los guerreros. Esta bolsita es de piel de algún ani-

embajadores que estaban hospedados en la calle de Alcalá en la casa donde se alojó Muley-el-Abbas, salieron á las dos de la tarde en coches de palacio tirados por caballos ricamente enjaezados. Llevaban trajes chinos, de seda, bordados con la riqueza y primor propios de la paciencia china y de la industria de aquel país, tal vez el mas industrioso y paciente de la tierra

Iban delante cuatro batidores de caballería; á estos

mal raro y contiene despojos de otros, como rabos tiesos de mono, entrañas ó garras de leopardos, plumas de aves raras ó cenizas de fieras.

En cada aldea de los fans hay un ídolo de dimensiones colosales, colocado en una casa-templo, donde en ciertas épocas del año se reúnen todos los moradores para adorarle.

El culto consiste en cantos y danzas. El techo de la casa-templo está generalmente cubierto de cráneos de fieras, entre los cuales ocupan lugar preferente los de gorilla.

El apoderarse de uno de aquellos cráneos constituiría un delito tan grave que sería castigado con la muerte.

El fans es ardiente, enérgico, belicoso, dotado de valor, de paciencia y de habilidad.

Los fans son conocidos en el litoral por el nombre de *pauen*.

Chailu hizo en tanto los preparativos de viaje; después llamó al rey, le regaló algunas chucherías de ningún valor en Europa, pero muy estimadas allí y en seguida emprendió la marcha para regresar á Mbene.

El rey Ndiayai recordando que el *hombre blanco* había querido verlo en traje de campaña, se armó y mandó que se armasen sus guerreros y le acompañó un buen trecho de camino; después de lo cual se separaron amistosamente. Dos días después llegaban á la primera aldea de Mbene y se cruzaban con un entierro.

Chailu, al notar que conducían el cadáver al cementerio en vez de llevarlo á la cocina, mirólo detenidamente y observando que se hallaba íntegro, á pesar de haber permanecido dos meses entre canibales, dió un profundo suspiro de satisfacción y se ofreció no volver á visitar al rey Ndiayai.

F. C. DE MOLINA.

RECEPCION OFICIAL

DE LOS ENBAJADORES ANAMITAS.

En el presente número verán nuestros lectores el hermoso grabado que representa la ceremonia de la recepción solemne de los anamitas en la corte, ceremonia que se celebró en uno de los regios salones con toda la pompa y magnificencia acostumbradas. S. M., deseosa de perpetuar la memoria de la venida de estos embajadores de tan remotos climas, á consecuencia de las hazañas del ejército español en Cochinchina, dispuso que el conocido artista señor Vallejo fuese situado convenientemente en el salon para que pudiera quedar consignada una vista de toda la escena. El señor Vallejo ha creído con mucha razón que aunque podía reproducirla grabándola al agua fuerte en litografía ó en madera, debía añadir á lo importante del acontecimiento el gran adelanto en las artes gráficas que ha obtenido, grabando esta vista por el método nuevo llamado heliográfico, de la cual es reproducción exacta la que publicamos hoy.

El miércoles 18 del pasado mes fue el día señalado para esta solemneidad regia y diplomática. Los

seguía un coche con los secretarios de la embajada, en pos del cual iba el de dos embajadores. Detrás marchaban un coche de respeto y otro tirado por seis caballos con el embajador principal acompañado del introductor y del intérprete; y cerraba la marcha una escolta de caballería.

La reina esperaba á los embajadores sentada en el trono, teniendo á su lado á S. M. el rey, al príncipe de Asturias, á la infanta doña Isabel, al infante don Sebastian y su esposa la infanta doña Cristina y al infante don Francisco de Paula. Detrás del solio se hallaban los jefes de palacio, las damas de S. M. y los grandes de España que pertenecen á la regia servidumbre. A la derecha del trono estaban los ministros de la corona.

S. M. la reina vestía un traje punzó con encajes blancos y ostentaba un aderezo de riquísimos brillantes. El rey y los infantes vestían uniformes de capitanes generales.

El introductor de embajadores anunció á estos en cuanto llegaron á la puerta de la cámara previa, la venía de S. M. Los embajadores llegaron hasta el pie del trono llevando en la mano una estampa ó escrito y despues de hacer tres profundas reverencias á SS. MM. y AA.

El primer embajador pronunció su discurso acompasadamente, y con una entonación casi musical.

El presidente del Consejo de ministros, señor marqués de Miraflores, leyó á S. M. el mismo discurso en castellano, y S. M. la reina contestó en breves y sentidas frases.

Acto continuo pasaron la real familia y los embajadores á la saleta que precede á la real cámara para ver los regalos de que han sido portadores los anamitas, y que se habían espuesto previamente. Estos regalos consisten en alhajas y piedras preciosas.

SS. MM. por medio del intérprete manifestaron á los embajadores la satisfacción con que habían acogido las palabras del embajador, los sentimientos de amistad y los presentes de su señor.

Los embajadores marcharon de palacio á las dos y media, y se dirigieron á su morada en el mismo orden con que habían ido.

LA SOMBRA ENSANGRENTADA.

CRÓNICA TRADICIONAL.

I.

En fastuoso apartamento
Non digas que se mintió
La lucha que en tu conciencia,
Tu corazón provocó.

Era la una de la noche.

Así lo había anunciado el reloj del alcázar de Sevilla, ese edificio célebre en los fastos de la edad media y que á la sazón servía de morada al rey don Pedro el I de Castilla, ese hombre hasta hoy todavía un enigma, y sobre cuya fabulosa memoria penden cargos de incalificable gravedad, de que no han podido aun absolverle las generaciones.

Pero volvamos al asunto.

S. A. velaba en aquella hora fatídica, sin poder conciliar el sueño, atormentado por los remordimientos que devoraban indudablemente su alterada conciencia.

Oíase el eterno zumbido del viento, cuyas ráfagas sonoras estrellábanse en el almenado muro de la fortaleza, y el rotundo eco del trueno, precedido del relámpago que penetraba por las rendijas de la regia cámara. La lluvia sonaba sobre los emplomados techos, envuelta en remolinos de granizo que sacudía sobre la apizarrada techumbre la furia del torbellino, y de la tempestad, y todo un vértigo de desencadenado horror trastornaba los elementos.

La cámara donde se hallaba S. A. era un gabinete espléndidamente ataviado, con su esbelta columnata coronada de un friso blasonado con florones, escudos y follajes, figurando trenzadas guirnalda de laureles de oro mate. Las paredes de áspera sillería estaban revestidas de rica tapicería flamenca y pérsica, realzadas por pesados pabellones de brocado púrpura y damasco con franjas de tisú galoneado de oro y cuajado de luciente pedrería, y el pavimento aparecía cubierto de alfombras orientales, pieles muelles de armiño y matizados paños con arabescos y figurados mosaicos en vivísimos colores.

En cuanto al menaje de esta cámara, puede decirse que correspondía exactamente á su destino regio: hermosos muebles de ébano, cedro y palo-rosa con incrustaciones de nácar, espejos de gran tamaño que multiplicaban las mil luces colocadas en candelabros de plata cincelada y donde estas producían sus vívidas y radiantes reverberaciones, creando una luminosa alborada; placas bruñidas de acero, filigrana y oro, engastadas de puro adorno entre orlas de perlas en marcos de pulimentado ébano... un conjunto en fin de objetos en estudiada armonía, que realizaba el aparato regio de aquella mansión esplendorosa, que servía de morada al rey mas terriblemente bravo del universo.

Pero sobre todo, lo que mas llamara la atención era el suntuoso lecho de márfil y ébano que se alzaba sobre columnillas de cedro allá en el fondo de la cámara en-

tre pabellones moriscos y coronado por un soberbio dosel de brocado amarillo blasonado con las armas de Castilla, repetidas entre mil laberintos de atributos heráldicos.

De trecho en trecho y á determinada altura veíanse cerrados una serie continuada de ajimeces que daban luz y ambiente al través de aquella maciza arquitectura y orlados de figurados grupos de columnillas ténues en haccillos salomónicos, sobre cuyos apiñados capiteles con flores y emblemas alzábanse en suaves inflexiones los dobles arcos cimbrados que formaban el buque ajimezado por una columna, figurando cariátide, cuyos brazos tendidos seguían la curva semicircular del arco de bruñido mármol negro con ornamentos de crestería.

En aquel mismo lecho reposaba el rey don Pedro, si reposo puede llamarse el estado moral de aquel príncipe combatido por tantas pasiones y por el vértigo de su propia conciencia.

Sumido en un abismo de contradictorias ideas, el monarca sentía oprimírsele el corazón en el pecho bajo la presión del remordimiento, esa cobarde reacción del espíritu rebelde á la voz de la filosofía racional del hombre culto; oía sonar cada vez mas fuerte el crepitante estampido de la tempestad que se cernía sobre la fábrica del alcázar, como un eco amenazador y maldiciente, que parecía ser la voz de la sentencia suprema fulminada sobre su alma, y entonces don Pedro, aterrado, replegábase en sí mismo é invocaba á Dios, él, que tan duro é inflexible mostrara su corazón de hiena ante el Criador y las criaturas.

El rey murmuró una oración secreta y fervorosa.

Un trueno fragoroso estalló, sacudiendo como un terremoto hasta los fundamentos de la ciudadela.

Crugieron las ensambladuras, rompiéronse los espejos, derribáronse los muebles, los espléndidos artesonados de cedro se abrieron, las columnas estucadas que sostenían la alta bóveda vacilaron sobre su base, rasgáronse las ricas tapicerías de Persia y los cortinajes de brocado; las pieles de blanco armiño cayeron hechas girones, así como tambien los pabellones de damasco y las alfombras matizadas de Oriente.

II.

Sin oístar fabla ninguna
Largo trecho le siguió,
Y á pesar de ser gran home,
Su hermano se aliojó.

El monarca pareció despertar de su letargo ante aquel inesperado estrépito, y su angustia subió de punto cuando notó que un fuego azulado y siniestro inundaba la cámara.

Al aspirar aquella atmósfera condensada, enrarecida por el vapor gaseoso del rayo, un sudor frío asomó á su frente, erizáronsele los cabellos, temblaron sus miembros y los dientes crugieron de horror y miedo.

Era aquella la primera vez que la flaqueza de aquella humanidad de bronce se ponía en contradicción con su temple clásico.

Su fantasía sorprendida por el prodigio y por su propia predisposición moral imaginó al pronto que el infierno le perseguía para arrebatárle, y que su fin era llegado ya.

Parecióle oír un extraño ruido de cadenas y los pasos huecos, fatídicos, de un ambulante espectro.

En efecto, rasgóse un ajimez y pareció una sombra de colosales formas.

Salió por detrás de la tapicería aquel espectro, de pálidas facciones y arrastrando sus ricos vestidos de brocatel púrpura, empapados de sangre, agua y lodo: sobre el pecho de su ropilla lucía la cruz roja de Santiago campeando en blanco, y mientras con una mano sujetaba el manto capitular de la Orden que arrastraba por el suelo, con el índice de la otra señalaba su garganta atravesada por una sangrienta herida horrorosamente rasgada. En las facciones descompuestas de aquella víctima acusadora retratábase un triste y doloroso sarcasmo, vivo trasunto del dolor no resignado, y que clama venganza al cielo.

Al percibir esta horrenda vision, el rey no fue dueño ya de aquel resto de serenidad que disputara al ánimo su propia fiereza: saltó del lecho medio desnudo, descazo enteramente de pie y pierna y envuelto en su bata de dormir.

Ni le retrajo el fuego que por do quier abrasara los objetos contenidos en la cámara regia: ciego de terror, saltó ágil y arrebatado por encima de aquellos inflamados objetos, y huyó sin dirección fija, tropezando en todo, atropellando cuanto se le oponía, y dando voces que nadie oyó en aquella mansión desierta, muda y solitaria.

Volvió de vez en cuando la vista azorada y trémula por el terror... y siempre llevaba en pos aquella inexorable sombra que dejaba á su tránsito un reguero humeante y sangriento. Don Pedro redoblaba su paso precipitado y sentía desfallecer sus piernas que crugían estraordinariamente.

Es cosa sabida que crugían á don Pedro sus canillas cuando andaba, lo que en verdad solía hacer traición á ciertas empresas reservadas que solía empeñar S. A. bien á menudo por cuenta propia.

Pálido, jadeante y sudando de pura angustia, S. A., sin saber cómo, llegó maquinalmente á su escritorio,

rendido de cansancio, muerto, apenado y trémulo. Allí tropezó en un repliegue de la alfombra, y cayó de bruces contra el suelo, exclamando con alterado acento:

—¡Don Fadrique! .. ¡oh! ¡sí, él es!... ¡basta, hermano, basta!...

En efecto, el rey pudo reconocer en aquella aparición nocturna á su hermano don Fadrique, maestre de Santiago, á quien poco antes mandara él degollar vivo por un capricho de enconados celos y arrojar luego su cadáver al río.

III.

Y á los cojines por ende
Que tras la butaca vio
El malparado monarca
Como pudo se arrastró.

El miedo había helado la sangre en las venas del rey. Incorporóse como pudo y probó á levantarse para huir mas lejos. ¡Inútil esfuerzo! Sus piernas se rebelaron ante su voluntad misma, y volvió á caer aplomado, inerte, á los pies de la implacable sombra cuya siniestra sonrisa le provocara aun en aquella abatida y humilde actitud.

Quiso gritar en demanda de auxilio, pero la voz se ahogó en la garganta árida y oprimida del príncipe, cuyos bríos yac an prostrados ante aquel acusador testimonio de su conciencia.

Arrastróse, en fin, como pudo por un supremo esfuerzo del instinto, hácia unos cojines de brocado que divisó junto á su reclinatorio. (Don Pedro lo tenía tambien y oraba) y esquivando la vista azorada y trémula de aquella aparición horrenda, inclinó la cabeza y ocultó el rostro en la mullida pluma del regio almohadon.

Pero ni aun allí pudo hallar sosiego el monarca: acosábase siempre el aguijón de la conciencia, hería su corazón el miedo, oprimiéndolo en un círculo de fuego, y haciendo un poderoso esfuerzo sobrenatural, pudo levantarse al fin, tomó una bujía que ardía sobre la consola del reclinatorio y se abandonó maquinalmente por un peristilo que conducía al patio de honor del alcázar, donde residía ordinariamente el cuerpo de guardia.

S. A. bajaba aceleradamente la escalera: parecíale oír detrás el crugido de las osamentas de un tropel de sombras que le seguía.

El fugitivo halló interceptado el paso por la puerta de honor, cerrada herméticamente á causa, al parecer, de haber huido la guardia de aquel punto.

—¡Traición! murmuró con estentórea voz y volvió atrás.

La sombra de don Fadrique parecía esperarle allí cortándole la retirada y vertiendo sangre á torrentes por su herida. Allí la veía el rey, pálida, inmóvil, apoyada en la pared como una estatua desquiciada, y cuya figura repugnante destacaba su talla gigantesca en aquella claridad sombría. La herida continuaba todavía sangrando, y el suelo estaba encharcado de sangre coagulada.

Acongojado, trémulo, vacilante, y no hallando medio de huir, tomó una resolución desesperada y sacrílega: llevó la temblorosa mano al pomo de su daga, la desnudó, y de un salto arrojóse sobre el fantasma para hundirle de nuevo el acero.

IV.

El pie desnudo se hundió
En aquel charco de sangre
Que las medias chispeó;
Y sin tregua ni mesura
El cui ado resbaló.

Pero al caer sobre el espectro, su mismo terror le oprimió de nuevo: parecióle hundir el pie en el charco sangriento: miró chispeados los calcetines, y creyendo resbalar cayó en tierra dejando escapar un formidable grito.

Samuel Leví, su tesorero, oyó aquel grito, y acudió al punto á socorrerle. Le halló desmayado por el golpe de la caída, la bujía lejos de él y manchada en su propia sangre.

Don Pedro fijó en él su vista, dió otro grito y se aletargó.

—¡Dios de Israel! exclamó el hebreo elevando sus ojos, á los que asomó una lágrima fugitiva de odio.

Y en sus facciones lívidas pareció brillar un equívoco sarcasmo odioso.

Era la hiel de la venganza que rebosaba por los poros de aquel hombre reservadamente satánico y peligroso.

Tomó en sus brazos el cuerpo aletargado del rey cuyo parasismo le asemejaba á la inmovilidad de un cadáver, y sin otro auxiliar que su fuerza hercúlea le condujo al lecho.

Al día siguiente volvió en sí el monarca, y recordando la vision de la noche anterior, hizo confesion general de sus culpas y reveló cuanto queda dicho, haciendo pública penitencia en camisa y con una sogá al cuello.

CONCLUSION.

Hasta aquí la tradicion pura y simplemente narrada, tal como nos la han transmitido las generaciones y á la

cual no hemos querido despojar de su fantástica poesía, que sin embargo es su principal ornamento. Prescindiendo pues de la inverosimilitud que ofrece, no podemos menos de suponer en parte su certeza hasta donde lo permitan los límites de la razón, atribuyendo aun en tal caso su posibilidad á una simple aberración sensitiva del rey don Pedro, cuyo ánimo impresionable estaba continuamente trabajado por una lucha tenaz y perdurable de encontrados afectos y cuya conciencia estaba siempre lastimosamente alterada.

JOSÉ PASTOR DE LA ROCA.

CELAGES.

LA NIÑA Y LA FLOR.

Dijo la niña á la flor:
—Por qué tu cáliz exhala
Ese dulcísimo olor
Que ningún aroma iguala?
—Porque suspiro de amor.
—Y ¿por qué en tu cáliz miro
Brillar el rocío tanto?
—Porque lloro en mi quebranto.
—¿Qué es tu perfume?
—Un suspiro.
—¿Qué es el rocío?
—Mi llanto.
—Y ¿qué eres tú, pobre flor
Que así lloras olvidada
Y suspiras con dolor?
—Soy un alma enamorada
Que calla y muere de amor.

F.

MIL CORAZONES.

Es imposible, bien mío,
con un solo corazón
querer mas que yo te quiero,
amar mas que te amo yo:
pero tener yo quisiera
mil en vez de un corazón,
para que fuera mil veces
mas grande, niña, mi amor.

F.

¿ANGEL O MUJER?

Tienes azules los ojos
Del mismo azul de los cielos,
Tienes pálido el semblante
Como la luna en su lleno,
Sonrosados son tus labios
Como las rosas del huerto,
Y una aureola celeste
Forman tus rubios cabellos.
Si eres ángel ¿por qué ocultas
Tus alas que no las veo?
Si eres mujer ¿por qué cierras
A mis amores tu pecho?

F.

LOS OJOS HABLAN.

También los ojos tienen
niña, su idioma;
quien no amó puede solo
negar tal cosa,
pues su lenguaje
todo aquel que ha querido
comprende y sabe.
Amame, decir suelen
los ojos negros
con su ardiente mirada
que brota fuego;
los ojos claros
poderosos y azules
dicen *te amo*.
Mas, ya amores ofrezcan
ó ya los pidan,
también los ojos saben
decir mentiras,
que tanto negros
como azules ser suelen
muy embusteros.
Por eso, aunque los tuyos
algunas veces
al mirarme me dicen
que tu me quieres
por mas hermosos
que sean, no he creído,
niña, á tus ojos.

F.

SONETO.

Díme si eres un sueño, allá creado
de algún poeta en la ardorosa mente,
cuando en la inspiración osadamente
se eleva á lo imposible, á lo estremado:

Díme si eres un ángel, desterrado
del cielo por el Ser Omnipotente,
y que al dejar la esencia trasparente
tu celestial belleza has conservado.

Que al mirar de tu angélica hermosura
la sobrehumana perfección extrema
que de amor y delicia me embriaga,

El alma con tristeza y amargura
que seas leve sombra acaso tema
y que el soplo del aire te deshaga.

F.

LOKMAN AL-HAKIM.

ENSAYO SOBRE LA LITERATURA ORIENTAL.

Grande sería nuestra empresa si tratásemos de examinar detenidamente el origen del apólogo y su diverso desarrollo, según las naciones que ha recorrido en la marcha de Oriente á Occidente. Pocas noticias encontraríamos en la historia; la confusión y variedad de nombres por una parte, la poca certeza de la cronología por otra, han contribuido á hacer inexactos muchas veces los juicios de los críticos, quienes á su vez han solido dejarse llevar con frecuencia del espíritu de sistema.

Ya encontramos ejemplos de este género de literatura entre las naciones civilizadas de los primeros tiempos. Los indios, los persas y los griegos nos presentan muestras más ó menos perfectas del apólogo, sin que falten escritores que defiendan la primacía respectiva de unos y de otros en este género de literatura, eminentemente oriental (1). Sin embargo, todas estas diversas fases de la fábula que no podían menos de amoldarse á los distintos pueblos y á la diversa índole de su idioma, pueden comprenderse en dos grupos principales, los cuales, sin que nos atrevamos á decir cuál de ellos ocupa el primer lugar en la serie de los tiempos, presentan caracteres diferentes. El primero, que podemos comprender con el nombre de *apólogo indio*, y que nos ha sido perfectamente descrito por Mr. de Puibusque, no es sino una alegoría dramática más ó menos estensa, pero que nunca hace consistir su mayor mérito en la brevedad: la segunda clase de fábulas conocidas comunmente (aunque en nuestro concepto, sin fundamento alguno) con el nombre de *esopias*, son por el contrario sencillas en su esencia y concisas en su desarrollo, huyen de todo adorno que pueda debilitar la fuerza del pensamiento, y procuran hacer nacer sin violencia la verdad moral que tratan de presentar. Pertenecen entre otras á la primera clase de apólogos el «Pancha-Pautra ó Pancha-Pakyana de Bidpai», conocido también con el nombre de «Libro de Talila y Dimna», que fue traducido al español en el siglo XIII por orden del infante don Alfonso, y acerca del cual debemos importantes trabajos al ilustre barón de Sacy y al no menos distinguido escritor Loiseleui des Longchamps; y el Libro de Sendabad (2), vertido al latín por Damichans, y de cuyos pensamientos se encuentran vestigios en España desde principios del siglo XII en las obras de Moisés Sephardi (Pedro Alfonso).

Respecto de la segunda clase de apólogos, los nombres de Mola-Hasein-Waits, de Mahomad-ebn-Alhabarat, de Ebn-Arabscha, de Omar ben Abdallah Alrazi y de otros muchos bastarían para probarnos la preferencia con que lo cultivaron los árabes y los persas, si el nombre de Lokman no bastase por sí solo para inmortalizar este género de literatura. Por desgracia si su mérito literario es conocido por todos, si sus apólogos se consideran todavía como excelentes modelos que imitar, no sucede lo mismo respecto de las noticias que desearíamos tener acerca de su historia; no tanto por falta de datos, sino por la confusión y hasta contradicción de estos, que hace que en vano pretenda la crítica encontrar un punto fijo y cierto de donde hacer partir sus investigaciones. Desde Saddi, Akraman y Schaab que le colocan en el rango de los profetas, hasta los que le confunden con Esopo, distintas son las opiniones sostenidas por los escritores más notables, tanto musulmanes como cristianos. No falta quien le hace pariente próximo de Abraham; pero si hemos de creer la opinión más seguida entre los orientales, deberemos suponerle coetáneo de David y de Salomón, natural de Etiopía, y transportado como esclavo entre los israelitas, cuya religión siguió, aunque algunos creen que no fue esclavo y le suponen diversa condición: todos, sin embargo, convienen en que debió ser modesta. Mas sea de esto lo que quiera,

(1) No sería difícil encontrar también fábulas entre los antiguos hebreos. (Véase el cap. 9 del libro de los Jueces).

(2) Se debe el conocimiento del original indio de esta obra á los esfuerzos de Colebrooke y Wilson, individuos de la sociedad Asiática.

es lo cierto que el poeta de que tratamos, ha sido objeto hasta de una especie de culto, pues se nos dice que Dios le concedió la sabiduría, siendo sus palabras objeto de admiración para cuantos le escuchaban (1). Sus profundas sentencias y su carácter pensador y religioso le atrajeron el respeto y el aprecio de sus contemporáneos y muy particularmente la estimación de David (2). Algunos hacen llegar su vida á trescientos años: aunque no podamos nosotros admitir completamente esta opinión por estar basada en una cronología tan imperfecta como la de los árabes de aquellos tiempos, debemos creer, sin embargo, que fue muy larga. Mayores dudas tenemos aun acerca de su muerte por el silencio que guardan sobre este punto casi todos los escritores orientales. Hay, sin embargo, un historiador árabe que asegura encontrarse su sepulcro no lejos de Jerusalem en la alquería llamada Ramlah.

Hubo un tiempo en que la influencia arábiga alzándose triunfante en Occidente, exigió de los pueblos europeos el merecido tributo de admiración hacia este humilde esclavo; después la variación de costumbres hicieron mirar con desden este género de literatura, y cuando, más tarde, quiso extender su vuelo la crítica, la intolerancia religiosa tendió un espeso velo sobre la civilización agarena y tuvo aquella que plegar sus alas y fijar su vista en las brillantes páginas de la historia de Grecia. Desde entonces se ha considerado generalmente á Esopo como el inventor de la fábula y hasta se ha negado la existencia de Lokman y se ha creído que éste no era otra cosa que el nombre con que designaron los árabes al fabulista griego.

De aquí han nacido dos opiniones contrarias sostenidas por escritores distinguidos y no nos atreveremos á decidir completamente cuál de ellas sea más exacta. El conocido comentador y refutador del Korán Ludovico Marraccio, Estéban Clere Hottinger, Casiri y otros muchos juzgan que es uno mismo el fabulista árabe y el griego. Por el contrario, Juan Alberto Fabricio, Hercelos y algunos otros, entre los que no podemos menos de citar al célebre historiador contemporáneo César Cantú, alegan razones en pró de la opinión contraria.

No dejamos de conocer las grandes semejanzas que se encuentran entre uno y otro: el nombre de Esopo presenta una extraña analogía con la cualidad de etíope que se atribuye á Lokman. Esto y la semejanza que se nota entre los apólogos de ambos escritores y que llega á veces hasta el punto de parecer más bien traducciones que originales distintos, nos inclinarían á la primera opinión, sino encontrásemos que un gran espacio de tiempo separa la existencia de los dos fabulistas á pesar de que Erpenio los considera casi coetáneos.

Abramos la historia y Pausanias y Plutarco nos presentarán á Esopo cerca de Cresos y del legislador de Atenas, mientras que como ya hemos visto, los historiadores árabes fijan la existencia de Lokman en los tiempos de David y de Salomón (3), lo cual marca una diferencia de unos cuatro siglos. Conociendo esto el referido Hercelot, no vacila en afirmar que fueron escritores distintos, pero al mismo tiempo, y después de considerar al apólogo como más propio del genio oriental que del griego, incurre en la contradicción, verdaderamente incomprensible de decir que «los árabes copiaron las fábulas de Esopo bajo el nombre de Lokman», siendo así que parece más natural que fueran los griegos los imitadores.

Muchos fueron los apólogos compuestos por Lokman, pero de los diez mil que escribió, según la cifra tal vez exagerada de algunos, solo nos quedan muy pocos; de los cuales se han hecho multitud de ediciones desde la que publicó en Leiden Tomás Erpenio en 1615, de treinta y siete fábulas acompañadas de una traducción latina, hasta la que en 1847 han hecho en París MM. Leon y Enrique y Lelot, de cuarenta y una.

Antes de concluir este bosquejo no podemos dejar de notar ciertas extrañas analogías que se observan entre Lokman y Salomón, como son el estar ambos dotados de una sabiduría, proverbial aun, y concedida por Dios de un modo parecido, y el designarse entre los árabes los «proverbios de Salomón» y las «fábulas de Lokman» con el mismo nombre (4).

Dejamos á otra pluma mejor que la nuestra el trabajo de resolver las cuestiones que hemos indicado ligeramente. Si hoy la mayor parte de los pueblos de Europa miran con particular predilección la literatura del Oriente, considerándola como la cuna del pensa-

(1) La sura 31 del Korán es una prueba incontestable de la veneración con que aun en tiempo de Mahoma, era mirado Lokman por los árabes.

(2) Entre la multitud de anécdotas que se cuentan de Lokman y que no referimos tanto por creerlas de poca importancia para nuestro objeto, como porque son demasiado conocidas, encontramos una que nos dá idea de su carácter filosófico. Dice un escritor turco que habiendo preguntado cierta vez á Lokman de qué modo había aprendido la sabiduría, respondió: de los ciegos, que no se convencen de nada hasta que lo tocan.

(3) Puede además citarse en comprobación de esto la historia de Yahya ben Abdallatif al-Casini que le hace contemporáneo de Kai-kofros, rey de Persia.

(4) Hay algunos que fundados en estas y otras razones se aventuran á creer que fue uno mismo Salomón y Lokman, y tratando de conciliar esta opinión con los datos que ofrece la historia, dicen que hubo dos Lokmanes. Aunque esto último pueda aceptarse conformándonos con la autoridad de Ismael Ebn-Aly, creemos que aquella opinión no solo no tiene fundamento alguno, sino que está en abierta contradicción con las palabras de casi todos los escritores orientales

PASEOS POR MADRID.



Madres, las que teneis hijos,
y doncellas que los lleven,
no los mandeis á jugar
á la plazuela de Oriente.



Llenas están nuestras calles
de personajes históricos,
pues por do quiera que vas
hay Lucrecias y Tenorios.



miento humano, ¿cómo podremos prescindir de ella nosotros, hijos de España, embriagados aun con el perfume de las tradiciones moriscas que han engalanado nuestros floridos valles y nuestras sombrías torres por espacio de siete siglos?

AL CONCLUIR EL AÑO.

BALADA.

No todos cuentan lo mismo
los años que ven pasar:

dice el niño: ¡un año menos!
y el anciano: ¡un año mas!

¡Yo ví comer entre risas
los de mi primera edad;
y hoy detenerlos quisiera,
y ellos ingratos se van!

Detenerlos en el punto
en que contemplé tu faz,
que ellos hicieron tan bella,
y ellos han de marchitar.

Y así mirándote siempre
sin olvidarte jamás,
fuerán mis años momentos,
y tu amor, mi eternidad.

M. DEL PALACIO.

EL INGENIOSO HIDALGO
DON QUIJOTE DE LA MANCHA,

COMPUESTO

POR MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA,

Novísima edición con notas históricas, críticas y gramaticales segun las de la academia española, Pellicer, Arrieta, Clemencin, Hartzenbusch, Cuesta y Janer, aumentada con *El Buscapie*, anotado por don Adolfo de Castro, adornada con 500 grabados intercalados, láminas de acero, y el retrato del autor grabado en acero.

25
REALES



TODA
LA OBRA.

Contendrá 25 entregas, que necesariamente variarán en el número de páginas, pues debe comprenderse que para darla en tan corto número de entregas deben ser algunas muy abultadas; así es que habrá entregas de 32 páginas y mas con láminas, y ninguna tendrá menos de 16. Lo que el suscriptor ha de tener en cuenta es de que se le dé la obra en solo 25 entregas, que solo le cueste 25 reales.

Se suscribe en todos los puntos en donde se suscribe á EL MUSEO UNIVERSAL.



A LOS SEÑORES SUSCRITORES.

El número premiado en el último sorteo ha sido el 3,224.

Por consiguiente el suscriptor que tenga este número le corresponde el regalo del cuadro ofrecido.

Los suscritores de provincias se servirán renovar la suscripción para que puedan recibir el número primero del año oportunamente.

A los de Madrid se les pasará el recibo á tiempo de repartirles el Almanaque.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSE GASPAR,
IMPRESA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES, MADRID. PRINCIPE. 4.